

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

DECENARIO POPULAR CON CENSURA ECLESIASTICA

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

10 números cada diez días, 2 reales al mes	
20 » » » » 1 pta. » »	
100 » » » » 5 » » »	
500 » » » » 25 » » »	
1000 » » » » 50 » » »	

«Este precepto os doy: Amaos los unos a los otros como Yo os he amado.»

(JESUCRISTO A SUS DISCÍPULOS)

Tirada mensual de este periódico
22.200 EJEMPLARES

ADVERTENCIAS

Los encargos y suscripciones de la localidad en la librería de

D. Lino V. Sangenis, Corrida, 73

La correspondencia de provincias al señor Dtor. de EL AMIGO DEL POBRE.—Gijón.

Nos es forzoso

En nuestro número de 1.º de Marzo último, decíamos que a causa del excesivo aumento del precio del papel, nuestros gastos mensuales resultaban gravados de un modo que poco tiempo podríamos soportar si las circunstancias no variaban.

Variaron sí, pero más en nuestro perjuicio, pues además de la amenaza de nuevos aumentos en el papel y en otros menesteres de redacción, hasta la cuerda de amarrar los paquetes ha subido, no nos pueden servir todo el papel que necesitaríamos en un tiempo determinado, quedando expuestos a tener que mermar las tiradas.

Por esto, y para compensar el exceso de gastos no encontramos medio más fácil para esta administración que reducir, siquiera por tres meses, el número de tiradas.

Serán estos meses el actual Junio, Julio y Agosto por parecernos los más a propósito ya que en ellos anda el ánimo más distraído en escursiones y fiestas.

De modo que durante este tiempo señalado, publicaremos EL AMIGO DEL POBRE los días 1 y 15 y desde 1.º de Septiembre volveremos a hacerlo decenal como hasta hoy, si antes no tenemos nuevas dolorosas sorpresas.

¡Dios traiga luego la paz tan deseada para los pobrecitos combatientes y para los pueblos todos que vienen sufriendo las consecuencias de esta guerra terrible, sin precedentes, aunque bien merecida la tenemos por nuestros gravísimos pecados.

Pedidle también, queridos suscriptores y lectores, por que EL AMIGO DEL POBRE prospere y tenga vida segura para bien de las almas, único fin al que aspira este pobre periodista católico.

J. O. F.

La medalla de oro

I

¡Qué feliz era Antonio aquel día! Acababa de contraer matrimonio con su adorada Petra en la misma iglesia que fué bautizado y había hecho su primera comunión.

Petra regaló a su esposo una medalla de oro de San Antonio de Pádua con la inscripción siguiente: 20 Noviembre 1865, que era la fecha de su matrimonio.

Los dos eran buenos cristianos y celosos devotos de San Antonio y su primera visita después de la boda fué al convento de Franciscanos de la localidad, en cuya iglesia se veneraba una imagen del Santo, para regalarle un par de velas y oír una misa en su altar.

A los ocho días se instalaron los nuevos esposos en un piso alegre y lleno de sol de la capital de España, donde Antonio ejercía la profesión de periodista.

II

Una niña hermosísima fué el fruto de aquel matrimonio cristiano bautizada el día de San Francisco de Asís del año siguiente en la Parroquia de San Jerónimo el Real, por lo que se le puso el nombre de Jerónima.

¡Qué hermosa era la niña! ¡Qué felicidad para los padres! Un ángel bajado del cielo no hubiera causado más gozo en aquel hogar.

Antonio colocó a su hija en el cuello la medalla de oro de San Antonio para que le guardara de todo mal.

Era regalo de su esposa; pero no tomaría a mal el cambio de dueño. A los hijos se les da siempre lo mejor.

—Somos los más felices del mundo—decía Antonio a su mujer—aunque mi jornal sea poco; porque en habiendo para comer hay bastante.

—La mayor felicidad de este mundo—respondió Petra—es la paz, la tranquilidad de la conciencia y la gracia de Dios.

—Yo no pienso ofender a Dios, ni a nadie—decía él—mientras el cielo me conserve mis cinco sentidos.

—Mientras nosotros seamos amigos de Dios no hay nada que temer—decía la esposa llena de confianza.

Así pasaban los días y los meses. El ángel de la paz estaba allí; pero no hay bien ni mal que cien años dure; de pronto se nubló el cielo azul de la alegría y negros nubarrones llenaron de tristeza el horizonte de aquel tranquilo hogar.

La revolución del sesenta y ocho había estallado y al mismo tiempo que derribaba el trono de Isabel II y amenazaba los fundamentos del orden social, se hundían mu-

chos hogares en la miseria y cruzaban la frontera muchos españoles por huir de la cárcel y de la muerte, entre los cuales se encontraba Antonio.

III

La desolación y la pena de Petra la noche que Antonio se despedía de ella y de su hija no puede describirse.

—¿Cuándo volveremos a vernos?—preguntaba Petra llena de ansiedad y enjugándose los ojos—¿será pronto? Júrame que me escribirás.

—Te lo juro—dijo llorando Antonio.

—¡Maldita revolución y maldita política!—exclamó la esposa.

Besóla por última vez y besó fuertemente a su pequeña y partió para Francia.

A los pocos días recibió Petra una carta diciéndole que estaba en Marsella; la única que sin saber por qué recibió en cuatro años.

Todas las tentativas para ponerse en comunicación el matrimonio fueron inútiles. ¿Qué pasaba a Petra?—se decía él—¿Qué pasaba a Antonio?—se decía ella.

Gastáronse los ahorros de la casa y hubo que apelar a vender los muebles y hasta la cama para vivir.

Petra quedó reducida a la miseria y por darle vergüenza de pedir limosna en Madrid se trasladó a Barcelona.

A fuerza de sufrimientos cayó enferma la pobre Petra y su pequeña Jerónima iba todos los días a pedir limosna a la puerta de los cafés y a la salida de los templos.

¡Cuántas lágrimas derramaron hija y madre en aquellos cuatro años!

IV

Entretanto Antonio trabajaba en la traducción de obras francesas y un día recibió, al mismo tiempo que el indulto para poder volver a su patria, el nombramiento de Administrador de su amigo el Excelentísimo Sr. Marqués de Corvera.

El pensamiento de su esposa y pequeña hija no le había abandonado en el destierro ni un solo momento. Era preciso averiguar su paradero, volver a Madrid, buscarlas por todas partes, abrazarlas y vivir con ellas en paz y gracia de Dios como habían vivido antes de la revolución.

Embarcóse, pues, en Marsella y llegó a Barcelona el día 3 de Junio. ¡Con qué gusto besó el suelo de su querida España!

En el muelle salióle al encuentro una niña hermosa como un sol, pero tan rota, tan pobremente vestida, pidiendo limosna para su madre enferma, que llamó la atención de Antonio.

Al día siguiente volvió a encontrarla en el café y le dio limosna.

Y al día siguiente, día en que empieza la novena de San Antonio, cuando él iba a tomar el tren para Madrid, vió a la misma niña riendo con otros chiquillos, recibiendo

sus golpes, desgredada y llorando, porque querían arrebatárle su medalla de oro.

Acercóse Antonio a poner paz y a defender a la niña de aquellos ladronzuelos y al mirar la medalla que ella defendía tan heroicamente vió con sorpresa que era de San Antonio con la inscripción: 20 Noviembre 1865.

Era su medalla, aquella podía ser su hija, mil pensamientos se atropellaban en su mente, tomó en brazos a la niña y acariciándola le preguntó temblando de emoción:

- ¿De quién es esta medalla, querida?
- Mía—respondió la niña sollozando.
- ¿Cómo te llamas?
- Jerónima—contestó la pequeña.
- ¿Tienes madre?
- Sí.
- ¿Tienes padre?
- Se fué muy lejos.
- ¿Dónde está tu madre?
- Está malica.

No había que dudarle: aquella era su hija y la abrazó y la besó, diciendo:

—Tu eres mi hija y yo soy tu papá.

—La niña abriendo desmesuradamente los ojos le miraba de arriba a abajo sin atreverse a corresponder a aquellos cariños.

Llévame a tu casa—dijo Antonio y cogiéndola de la mano empezaron a recorrer calles y plazas hasta llegar al cuartucho que le servía de albergue.

Con las debidas precauciones se presentó Antonio a su esposa que estaba tendida sobre un jergón en el suelo.

¡Qué dolor de verla en aquella situación!

Petra perdió el conocimiento al ver a su adorado Antonio y hubo necesidad de llamar al médico para que volviera en sí.

V

—¿A quién debo la dicha de verte otra vez, Antonio?—dijo la enferma.

—Al glorioso San Antonio de Pádua—dijo él con firmeza—que ha preparado las cosas para que te encuentre al llegar a España, como abogado que es de las cosas perdidas.

Y le contó la escena de la medalla con todos sus detalles.

—Cuéntame qué has hecho tanto tiempo y porqué no he sabido de ti—dijo Petra besándole las manos.

—Ante todo—dijo Antonio—es preciso huir de aquí, cambiar de ropa y de habitación y que yo vuelva a veros como érais antes de partir yo para Francia.

Y aquella noche, vestidos con trajes nuevos fueron en coche desde la fonda a la iglesia de San Antonio a darle gracias por todos sus beneficios y a empezar la novena como homenaje de gratitud al Santo de los milagros.

J. V.

Del pícaro mundo

I

En verdad que lo que mi íntimo amigo Juan me cuenta ni es nuevo en este pícaro mundo ni, por desgracia, es caso raro sino muy frecuente a pesar de lo que contribuye a la perdición de las almas, y al desprestigio de las personas.

Decíame ayer tarde, el amigo Juan:

—Te digo, chico, que estoy admirado de lo que oigo y veo a propósito del vil metal. Tú sabes que por circunstancias de la vida y sin ser yo capitalista, a Dios gracias, ando de algún tiempo a esta parte metido en asuntos de pecunia y en juntas donde se discuten intereses materiales. Pues

bien, no salgo de mi admiración; personas que yo creía integérrimas, de conciencia recta, personas que en negocios del alma dicen interesarse aunque andan en ellos más pesados que un carro mato, en este de la peseta los veo parlanchines, elocuentes y con una elasticidad... inconmensurable de conciencia. Todo en ellos parece decir: *antes que Dios es el dinero, o aquello otro: quien tiene las llaves del pan tiene las de la conciencia*, o aquello del plato de lentejas, que cuenta la historia Sagrada. Y todavía me recuerda más, me recuerda aquella famosa oración de Lutero que cita Perrone en *El Protestantismo y la regla de fe*: «Oh, Dios! por vuestra bondad proveednos de capas, capotes y sombreros; de terneros bien cebados, cabritos y carneros; de muchas... y de pocos hijos; comer y beber bien es el único medio de no fastidiarse.» ¡Oh vil peseta, cómo trastornas las inteligencias, cómo cambias las personas!...

—Si con las pesetas consiguieran la felicidad, añadí yo, pero es el caso que casi todos los ricos por no decir todos andan malhumorados con su dinero y sus combinaciones bursátiles: que si van a bajar las acciones, que si no suben bastante... No toman cosa que les preste, no descansan, no duermen, no disfrutan de los dones que Dios puso en sus manos, y es porque no quieren ser los ricos del Evangelio; en cambio aquel que tiene el *pan nuestro de cada día* y nada más como el Buen Padre nos enseñó a pedir, ese es verdaderamente feliz si al mismo tiempo piensa en Dios.

—Muy bien hablado; has de escribir algo sobre esto en EL AMIGO DEL POBRE.

—Escribiré.

II

Preguntaba una madre de familia, en cierta ocasión, al gran Franklin, por qué la posesión de las riquezas hace muchas veces a los hombres desgraciados. Por única respuesta éste tomó una manzana y se la dió a un niño que jugaba en la habitación, el cual, lleno de gozo, la cogió con una mano; tomó otra manzana y se la entregó también al niño, quien la cogió con la otra mano. Tomó Franklin otra manzana y se la ofreció al niño, y como éste no pudiese cogerla por tener las manos ocupadas, rompió a llorar amargamente.

Ya véis, dijo entonces Franklin; este niño con dos manzanas, era feliz; con tres manzanas ya no lo es. ¡Lo mismo les pasa a muchos hombres!

III

MORALEJA

¡Cuántas más ventajas tiene el pobre para alcanzar la vida eterna que el rico, pues mientras a aquel le basta sufrir sus adversidades con paciencia cristiana, al rico le pone Dios muchísimas condiciones para salvarse!

Si en esto pensáramos todos no habría tantos desgraciados, ni al mundo podría llamársele pícaro y enemigo del alma, sino medio bendito de salvación.

EL FOOT-BALL

No puedo, técnicamente, deciros ni una palabra del «foot-ball», porque soy hombre de costumbres anticuadas y declaro con franqueza que nunca me hicieron gracia más que los juegos tranquilos como el julepe y la rana, que sin quebranto del cuerpo sirven de expansión al alma, pero aunque mis aficiones y mi sangre musulmana de los deportes modernos resueltamente me apartan, reconozco honradamente las innumerables ventajas del «foot-ball», ese modelo de buen tono y de elegancia que la nación admirable del «Whisky» y de la morrada introdujo en este pobre pueblo de costumbres bárbaras. ¡Cómo, con el noble juego se vigoriza la raza y adquieren fuerza los músculos y los pulmones se ensanchan! ¡De qué forma tan sencilla hecho cada poro un Niágara, se purifica la sangre y el cuerpo pierde la grasa! ¡Qué bien en fuerza de saltos y coscorrones y «cargas» los pectorales se amplían y se endurecen las nalgas!... ¡Cierto que el que tiene el virus del «foot-ball» en las entrañas es capaz de hacerse polvo los sesos contra una tapia. ¡Cierto que en algunos casos, cuando el entusiasmo estalla y el amor propio se encuentra pendiente de una jugada, por hacer un «goal» brillante los riñones se relajan o la nariz más correcta de forma y de sitio cambia; pero ¿pueden importarnos detalles tan sin sustancia tratándose de una fiesta culta, varonil y sana? ¿Qué más da que los seis niños que tengo (¡hijos de mi alma!) estén desde que amanece dándose coces en casa? ¿Qué importa que yo consuma de tres partes de la paga una en algodón hidrófilo y en sublimado y en árnica y otra en punteras, tacones y medias suelas y palas? ¿Es que existe, por ventura, bajo el cielo cosa humana en la que no estén las contras enfrente de las ventajas?

¡A ti, glorioso inventor del «foot-ball», debe mi España la dicha de haber salido del atraso en que se hallaba! ¡Por ti, mis hijos son fuertes... pero ¡ay, si yo te pillara solito en un escampado de noche y con una estaca!...

J. LÓPEZ SILVA.

Colecciones de EL AMIGO DEL POBRE, todos los años publicados. A 2 ptas. las de los dos primeros años; a 3 ptas. los sucesivos. Los diez años juntos 20 ptas. El importe, al hacer el pedido.

Guerra a la tristeza!

¿Por qué estás triste? No es mal lo que tú consideras que lo es: tus miserias son misericordias de Dios, y grandes gracias tuyas tus mismas desgracias, que, desprendiéndote del mundo, te unen con Dios; te hacen entrar en ti mismo; te inspiran horror al pecado, y son el presagio de tu salvación eterna. ¿Por qué, pues, no las recibes con alegría?

Males imaginarios

Gobiérnate por razón y enfrena tu imaginación. Los hombres muchas veces son miserables porque se imaginan serlo. Ligerero es un dolor mientras no le aumenta la aprensión. La imaginación fabrica casi todo el mal de los hombres, los cuales vivirían contentos si consultasen a la razón iluminada por la fe. ¿A quién consultas tú? Si tu imaginación y tus sentidos te dicen evidentemente que la aflicción no se apartará de tí.

Duración de nuestros males

¿Por qué te afligen los males de esta vida? A estos males no debes temer, porque, si son ligeros, se toleran fácilmente y si grandes, no durarán mucho, sin privar de la vida al que los padece. Solo es temible el mal de la vida futura por ser eterno. ¿Por qué, pues, tanto temes tú a estos males temporales y tan poco a los eternos? ¡Fuera tristeza! ¡Alégrate aunque pierdas todas las cosas de la tierra, con tal de que no pierdas a Dios por el pecado que es lo que pudiera hacerte infeliz eternamente!

Importante Decreto

La suma importancia del periodismo católico, ha sido evidenciada recientemente por la publicación de un Decreto de la Sagrada Congregación del Concilio, facultando a los Obispos de Italia para emplear en favor de la Obra de la Buena Prensa, creada por S. S. Benedicto XV, los fondos de Obras Pías que no tengan destino especial y concreto.

A consecuencia de ello, todas las publicaciones católicas de Sicilia, están recibiendo vigoroso impulso, y ha comenzado a publicarse un boletín mensual, titulado «Prensa Católica Italiana», que mencionará toda la producción periodística y literaria de los católicos italianos.

Curiosidades de la guerra

Los zeppelines modernos

El último modelo, a juzgar por el derribado en Revigny, mide 30 000 metros cúbicos, y posee cinco motores.

Según afirma un general francés, estos zeppelines pueden llevar 23 hombres de tripulación, mientras que

el tipo de 1912 conducía sólo ocho tripulantes, el de 1913, 12, y el de 1914, 18. Tiene una carga de bombas de 1 500 kilogramos que se reparten en 20 proyectiles. Toda bomba pende de un aparato especial, del que se desprende por medio de la corriente eléctrica, al oprimir un botón.

En Revigny, antes que el dirigible alcanzado por las balas y convertido en llamas precipitase la tripulación, había descargado todas las bombas. A bordo lleva seis ametralladoras, dos en la extremidad y dos en cada barquilla. El mejor modo de defenderse contra él consiste en atacarle antes de su arribo sobre la ciudad, cuando se ve obligado, por la carga de explosivos, a volar a una altura a que pueden alcanzarle los aeroplanos.

Bramante de papel

Haciéndose sentir en Alemania la falta de material para fabricar el bramante y los hilos recios para telas burdas, arpillera, etc., el ingenio alemán ha logrado encontrar un sucedáneo para dichos materiales textiles. Actualmente se emprende la fabricación de los mencionados géneros con hilo de papel.

El bramante de papel se confecciona enrollando delgadas tiritas de papel, obtenidas por medio de la máquina cortadora. Para enrollar la tirita es menester humedecerla, porque en estado seco los bordes no suelen enrollarse bien; además tienen tendencia a romperse.

Maravillas de la cirugía

Un soldado a quien había arrancado parcialmente la mandíbula un casco de granada, se le puso una mandíbula construída con un trozo de sus costillas.

Al teniente de un regimiento de escoceses cuya mandíbula había sido arrancada completamente, le puso el médico un piso nuevo a la boca, formó la mandíbula con dos trozos de hueso, fijó una dentadura completa y arregló lo que quedaba de los labios, de tal suerte que el herido está hoy casi igual que antes.

Un soldado cuyo espinazo había sido cortado completamente por un casco de granada, fué sometido a un tratamiento tan perfecto, que al poco tiempo podía mover los miembros inferiores y recobró gradualmente sus facultades de sensibilidad.

Otra operación notabilísima ha sido la extracción de un fragmento de granada de mano que se había alojado en el corazón.

Los sablistas

Así como hay hombres en cuyas costumbres se nota cierta semejanza con los animales parásitos, así también los hay que se parecen mucho a los vampiros, y demás seres que se mantienen de la sangre de otros,

aunque no lleven tales nombres. Estos vampiros humanos, verdaderos salteadores de bolsillos ajenos, caen de improviso sobre sus víctimas, y unas veces con fingimientos y halagos, y otras con amenazas, sacan de ellas cuanto pueden.

Cierto día quise visitar a un sacerdote amigo mío, párroco de un pueblo de este Arzobispado, hombre virtuoso, ilustrado, caritativo, muy amado y venerado de sus feligreses; y desde Madrid, en donde a la sazón me hallaba, tomé el tren y sin previo aviso para causarle más grata sorpresa, partí allá, encontrándome, al llegar a la puerta de su casa, que estaba cerrada, con un hombre, no mal trajeado, que a grandes voces profería insultos y denuestos contra mi amigo.

—Sí, señor—dijo dirigiéndose a mí.— Véalo usted... Todos son unos pillos, unos bribones, muy amigos de que les den, y no de dar.

—Pero...—le contesté yo.—¿Quiénes son todos?

—¿Quiénes han de ser! Los Curas;—repliqué cada vez más furioso.—Si yo le hubiera traído cinco duros para una Misa, me hubiera recibido con mucho agasajo; pero le he pedido que socorra una necesidad y no me ha hecho caso.

—No habrá comprendido bien. No le habrá usted explicado bien esa necesidad...

—Sí, señor. Se la he explicado; y para que no pudiera dudar de ello bien se lo decía la carta que le di de su amigo el Capitán don Diego Montilla.

Por las palabras de mi interlocutor comprendí, al momento, la clase de sujeto que era, y tomé una resolución que se me ocurrió en el acto.

—Amigo mío—le dije.—Si usted hubiera sabido la casta de pájaro que es este señor cura, no habría acudido a él para el caso; mas para que no pierda usted el viaje, véngase conmigo; y ya que otra cosa no sea, le daré yo de almorzar.

—No, señor; muchas gracias—me contestó.—Tomaré algún bocado en la posada y me marcharé al momento de este pueblo.

—No sea usted niño—insistí.—Véngase, y en mi casa encontrará mejor hospedaje que en un mesón.

No creyó oportuno el pretendiente repetir la negativa, y echó a andar conmigo, regalándonos mutuamente en el camino con cuantas injurias se suelen proferir por los malvados contra los curas; le llevé, sin que él lo advirtiera, a la casa del Juez municipal, a quien yo conocía de otras veces.

—Señor Juez—le dije después de saludarle—Acabo de llegar al pueblo, y ante la casa del señor cura, mi amigo, hallé a este hombre que le quería estafar a nombre mío, por lo que me he permitido traerle engañado aquí para que, bajo mi responsabilidad, le ponga usted en la cárcel, entretanto se practican otras diligencias.

—¡Caballero!—dijo haciendo ademán de huir el estafador.—Usted me calumnia.

—Nada de eso. Yo soy don Diego Montilla, cuyo nombre ha tomado usted, fingiéndose militar para estafar al señor cura, mi amigo.

—¡Por Dios!... Mire que soy un desgraciado.

—Es que me intereso por su bien y quiero asegurarle la comida por algún tiempo.

Pocas palabras más mediaron entre nosotros. El Juez detuvo al sujeto, hizo llamar a una pareja de guardias y el estafador fué llevado a la cárcel.

Arreglado este asunto fuime a casa de mi amigo.

—¿De dónde vienes?—Me preguntó sorprendido.

—De Madrid;—le contesté.

—¡Pero hombre!... ¡Sin avisarme!

—No lo creí necesario. Y alégrate; porque así he podido hacerte una buena obra... ¿Qué te ha pasado con ese forastero, que ha estado ahora aquí a pedirte limosna?

—¡Ah!, sí. Nada de particular... A nosotros, los Párrocos, nos visitan muchos sa-

blistas como ese, el cual ya ha estado aquí otra vez, aunque con otro traje y distinta comisión.

—¿Es posible!

—Vino como encargado de algunas casas editoriales, trayendo multitud de entregas de libros; y le tomé algunos para que el pobre tuviera con qué volver a su país.

—Ahí tienes cómo fomentaste su osadía.

—Y, ¿qué había de hacer? ¿Le iba a dejar morir de hambre o que saliese a robar a un camino?

—No, sino dar parte a la autoridad para que ella lo tomase por su cuenta.

—Pues estos sablistas son innumerables. Unas veces es un personaje importante que anda huyendo, perseguido por sus opiniones políticas. Otras es un penitente que, arrepentido, desea hacer confesión general. Otras un pobre náufrago que se salvó por milagro, y no tiene recursos para marchar a su país. Otras un infeliz cesante, a quien le falta cierta cantidad para ir a tomar posesión de un nuevo empleo. Otras un artista que va buscando trabajo y no lo halla. Viudas necesitadas y huérfanas desvalidas, que traen cartas y visitas de personas conocidas; hijos de casas grandes que han venido a menos; cuantos pretextos pueden imaginarse, otros tantos ponen en juego para saquearnos esas gentes... Y, ¿qué te diré de los prófugos y desterrados y marineros franceses, ingleses, italianos, austriacos, alemanes y de todas las regiones de Europa que pasan desde Cádiz a Almería y desde Barcelona a la Coruña, y que a veces traen pase del Cónsul de su nación, y aun oficio del Gobernador de la provincia para que se les socorra?

—¿Pero de veras son todas esas gentes personas honradas e infelices que...

—Son, en su mayoría, holgazanes y vividores, que han tomado gusto a ese arte y se sostienen del bolsillo del prójimo. Pues no digo nada de los redactores de cierta prensa exigiéndote cinco, diez, quince, veinte duros, so pena de darte un escándalo en su periódico, inventando contra tí cualquier desmán...

—¡Pero hombre! ¿Cómo es posible?
—Pues, hijo mío, todo eso pasa a los pobres Curas...

X.

Mata-fuegos caseros y baratos

Entre las varias cosas cuya utilidad no necesita ser preconizada, está ese ingenioso aparato que lleva el nombre de «mata-fuegos». Ningún hogar debiera carecer de este aparato. Con su empleo y un poco de serenidad puede dominarse rápidamente cualquier incendio en sus principios. Pero no todo el mundo dispone del número de pesetas fijado a un extintor de los puestos en circulación por el comercio. Así, creemos hacer un pequeño servicio a nuestros lectores facilitándoles la posesión de varios «mata-fuegos» prácticos, económicos y tan eficaces como cualquier extintor industrial.

Basta proveerse de media docena de botellas de las destinadas a agua mineral (las de Vichy son excelentes para este objeto), y llenarlas de cualquiera de las soluciones siguientes:

- Cloruro de cal, 157 gramos.
- Cloruro de magnesio, 56 idem.
- Agua, 797 idem.
- Sal común, 200 gramos.
- Sal amoniaco, 90 idem.
- Agua, 110 idem.

El coste de todo esto es muy insignificante y poco molesta su confección,

en cambio ¡cuántos disgustos y sinsabores puede evitar!

Llenas las botellas, bien tapadas y colocadas en palomillas, en lugares estratégicos, declarado el fuego se arrojan con fuerza sobre el foco del incendio, y a los pocos minutos quedará completamente extinguido.

Medicina popular

EL EUCALIPTO Y LA ESCARLATINA

A las muchas aplicaciones a que se prestan los eucaliptos, cuya difusión toma cada día mayores vuelos, se señala una nueva de carácter terapéutico sumamente importante: la de servir su aceite para combatir una enfermedad tan terrible como la escarlatina.

Según se asegura, los médicos de Detroit lo emplean con excelentes resultados, habiendo logrado en diez días acabar con una epidemia que azotaba la expresada ciudad.

El remedio fué descubierto en Escocia hace un año, cuando se declaró también una epidemia de esta fiebre en la ciudad de Kirlenuir. El procedimiento no puede ser más sencillo. Se unta el cuerpo del paciente con aceite de eucalipto y desde este momento no hay que tomar más precauciones contra el contagio, porque la fiebre pierde el carácter contagioso.

Tanto en Kirlenuir como en Detroit ese tratamiento ha dado resultados extraordinarios.

Imp. de Lino V. Sangenis.—Gijón

SUPPLICAMOS

a nuestros suscriptores morosos en el pago tengan un poquito más de celo en el cumplimiento de sus compromisos.

Como ven, los tiempos no son para esperar tanto.

PAÑOS Y NOVEDADES

LA SIRENA

Corrida, 86 y 93

GIJÓN

Talleres de Construcción y Reparación de Maquinaria de

Saez, Pérez y Compañía

Barrio del Tejedor, Teléf. 453.—Gijón

Material completo para panaderías, chocolaterías y fábricas de curtidos. Fundición de bronce de todas clases, Robinería, Reparaciones de buques y maquinaria general.

BANCO DE CASTILLA

SOIEDAD ANONIMA FUNDADA EN 1857

Infantas, 31. MADRID

Agencia de Gijón: Calle de los Moros

Cuentas corrientes, Giros, Cobros, Comisiones, Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros, Cartas de crédito, Descuentos, Préstamos, Cuentas corrientes con garantía de valores, Depósitos, etc.

CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde UNA peseta en adelante al 3 por 100 de interés anual.

Acebal, Rato y Comp.^a

FUNDICIÓN DE HIERRO

Barrio del Tejedor.—GIJÓN

Cocinas cerradas desmontables, todas de hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de albañilería; pieza inutilizada se sustituye por otra, evita este sistema las cucarachas o correderas, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok o solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50.316

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, lucernas, bajadas de aguas, tubería, parrillas, etc.

:: MAURO ENTRIALGO ::

Agente de Negocios, matriculado

Gestión y despacho de toda clase de asuntos en las Oficinas públicas de toda España. Administración y compra-venta de fincas. Préstamos hipotecarios. Seriedad, actividad y reserva absoluta.

Despacho: San Bernardo, 96.—GIJÓN

FABRICA DE ORNAMENTOS Y ARTICULOS DE IGLESIA

de JOSE SALA BRUNET

calle de la Canuda, núm. 9.—BARCELONA

Csullas y ternos completos, de damasco y tapicería, desde lo más sencillo a lo más rico que se pida, tanto en tejidos como bordados.

Se bordan estandartes, banderas y túnicas para imágenes, en oro y sedas, a precios módicos y tan buenos como se deseen.

FUNERARIA DE

Hijos de Feliciano Rodríguez

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40.—GIJÓN—Teléfono 103

SERVICIO PERMANENTE

—: Prontitud, esmero y economía :—